

## Lucas 10:25-37

### JESUS NUESTRO BUEN PROJIMO

“Un intérprete de la Ley se levantó y dijo, para probarlo: — Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? Él le dijo: —¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Aquel, respondiendo, dijo: —Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Le dijo: —Bien has respondido; haz esto y vivirás. Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: —¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús, dijo: —Un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron, lo hirieron y se fueron dejándolo medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y al verlo pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, al verlo pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él y, al verlo, fue movido a misericordia. Acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino, lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuídamelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese”. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: —El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: —Ve y haz tú lo mismo.” (Luke 10:25–37)

Supongamos que estuviéramos vivos en Palestina en el tiempo en que Jesús estaba en la tierra, y supongamos también que fuéramos maestros de las Escrituras del Antiguo Testamento. Viene este Jesús y está hablando con sus estudiantes o discípulos. Nosotros, siendo maestros, queremos probar este otro maestro para medir su preparación. Así pensamos ¿qué sería buena pregunta, algo difícil, algo que hasta podría ser una trampa? Eso es. Eso será una pregunta bien difícil. Así le preguntamos: "Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?"

En nuestro texto ésa es la pregunta que el intérprete de la ley hizo. Y es una pregunta importante, de hecho la pregunta más importante que una persona puede hacer. ¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? Ese maestro estaba interesado en la cosa

correcta. Le interesó más lo que le pasaría después de la muerte que las noticias meteorológicas de aquel día, o quién ganaría el juego de fútbol aquella tarde. Inclusive fue mas importante que tales cosas como de dónde vendría su comida la próxima semana, o como guardarla en su casa o pagar las cuentas el próximo año. Su pregunta no trataba de años, sino de la eternidad, hablaba de la vida eterna.

Este hombre vino con una buena pregunta. Es la pregunta a la cual todos nosotros necesitamos la respuesta. Todas las cosas que nos conciernan en esta vida no son nada si no tenemos la respuesta de nuestras preguntas sobre la vida eterna. Sobre como llegar al cielo. Pero aún así había algo mal en su pregunta. Preguntaba “¿HACIENDO qué cosa?. Fue muy típico de la mayoría de los hombres. Quieren ganar el cielo. Quieren llegar por hacer algo por Dios. Piensan que Dios tiene que llevarles al cielo porque han llevado vidas más o menos honestas y decentes. Solo algunas veces faltaban un poquito. O porque trataban; hacían la lucha. O porque por lo menos no fueron tan malos como muchos otros que conocen. :

Este hombre fue maestro de la ley. Sin duda quería ganar el cielo por guardar la ley del Antiguo Testamento. Eso es el pacto viejo que Dios dio a Israel por medio de Moisés.

"¿Haciendo que cosa heredaré la vida eterna?" Jesús no le contestó directamente. En lugar de eso pregunta al hombre otra cosa. "Él le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?" Usted es maestro de la ley. Ud. sabe lo que Dios dijo . Usted mismo puede contestar.

Y dijo el hombre: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo". El hombre fue un lector perspicaz. Cuando Jesús resumió toda la ley en dos versículos también escogió los mismos. Esos dos versículos resumen todos los Diez Mandamientos. Los primeros tres: No tendrás otros dioses delante de mí, no tomarás el nombre de tu Dios en vano, y Santifica el día de reposo, solamente se pueden guardar si amamos a nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma, fuerza y mente. Los otros siete, honrar a nuestros padres, no matar, cometer adulterio, robar, hablar falso testimonio, o codiciar lo que no nos pertenece, se resumen en lo siguiente: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Así Jesús le dijo. “Bien has respondido; haz esto, y vivirás”. Si realmente uno puede guardar todos los mandamientos perfectamente, tendrá la vida eterna. Si realmente podemos pararnos ante Dios como personas que nunca hemos cometido ningún pecado en pensamientos, palabras ni obras, que nunca faltábamos en obedecer desde el corazón a Dios, podemos ir al cielo.

Pero también este hombre en el texto sabía que no siempre había vivido así, No hay un solo hombre que lo ha hecho. En Gálatas San Pablo dice que "si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley".

Sin embargo, el hombre de nuestro texto quería justificarse a sí mismo. Quería encontrar una salida de la condenación de la aplicación estricta de la ley para que pudiera esperar llegar al cielo aunque no era perfecto. "Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?" Está bien, Jesús. He dicho con mi propia boca lo que la ley requiere. ¿Pero quién es mi prójimo? Ciertamente no tengo que amar a todos como a mí mismo. Hay mucha gente muy difícil de amar. Como los publicanos y pecadores, o como los samaritanos, por ejemplo. ¿Realmente tengo que amarlos a ellos también?

“Respondiendo Jesús, dijo: —Un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron, lo hirieron y se fueron dejándolo medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y al verlo pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, al verlo pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él y, al verlo, fue movido a misericordia. Acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino, lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuídamelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese”.

Y al terminar de relatar todo eso, otra vez Jesús volvió a hacer a este hombre otra pregunta. Pero ahora la pregunta no fue quién es mi prójimo, no a quién tengo que amar, sino, ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?" Y el hombre otra vez sabía la respuesta. Dicho así, no se podía evitar la respuesta. Él dijo, el que usó misericordia con él.

Y Jesús le dijo sencillamente: "Ve, y haz tú lo mismo". Si quieres llegar al cielo por tus propias buenas obras, tienes que amar a todos con un amor perfecto. No hay excepciones. Casi no es suficiente. La ley tiene que ser guardada perfectamente.

Pero el hombre no pudo guardar la ley perfectamente, ni lo puedo hacer yo, ni puede usted hacerlo. Pero hay uno que guardó la ley perfectamente, y lo hizo como nuestro sustituto. Este hombre es nuestro gran buen prójimo, Jesucristo.

Cuando Dios creó al hombre, era perfecto y sin pecado. Pero en el viaje de Adán y Eva por la vida les encontró el gran ladrón Satanás y los magulló, dejándolos por muertos. Y así ha sido cada hombre desde entonces, caído en manos de Satanás y espiritualmente herido mortalmente. No hay esperanza de sobrevivir porque ya somos pecadores al nacer.

Pero vino alguien para ayudarnos. Cristo vino a la tierra. Vivió la vida perfecta, Y vendó nuestras heridas de pecado e incredulidad con el aceite precioso de sus buenas nuevas de que todos nuestros pecados son perdonados. Pagó el precio completo de todos nuestros pecados, hasta el punto de morir en nuestro lugar. El buen samaritano de nuestro texto puso al hombre herido sobre su propio animal, y caminaba a su lado en el camino. Cristo llevó la carga de nuestro pecado en su propia espalda hasta la cruz.

El buen samaritano cuidaba al hombre a quien los ladrones dejaban medio muerto. Jesús nos cuida a cada uno de nosotros protegiéndonos contra tentaciones demasiado difíciles.

¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?, pregunta Cristo en nuestro texto. El que usó de misericordia con él, viene la respuesta. Ciertamente Cristo ha sido nuestro gran buen prójimo, rescatándonos de la muerte eterna, y dándonos todas las bendiciones de su amor y salvación. Y nosotros, puesto que hemos visto un ejemplo tan poderoso del amor y bondad de Jesús que murió por nosotros siendo aún pecadores, aunque éramos completamente indignos de todas sus misericordias, naturalmente mostraremos esa bondad y amor a nuestro prójimo, ya sabiendo que nuestro prójimo es cualquiera que necesita nuestra ayuda. No pasaremos a un lado si nuestro prójimo necesita ayuda. Y no haremos esto para justificarnos delante de Dios. No lo haremos para tratar de ganar el cielo como el maestro de la ley quiso hacer. Eso sería imposible. Lo haremos sencillamente en agradecimiento y

alabanza al que ha sido tan buen prójimo de nosotros. Jesús nos ayudaba cuando éramos necesitados. Y ahora sabemos su voluntad para nosotros sobre nuestros prójimos quienesquiera que sean. “Ve, y haz tú lo mismo. Amén.